

Diablotexto *Digital*



-PRETEXTOS PARA EL DEBATE-

“Cuando escribes, miras el mundo de manera diferente y te fijas en distintas frecuencias”.
Entrevista a la escritora Gabriela Ybarra

SILVIA TÉVAR GARCILÓPEZ
UNIVERSITAT DE VALÈNCIA

siltegar@alumni.uv.es
<http://orcid.org/0000-0002-1119-9591>

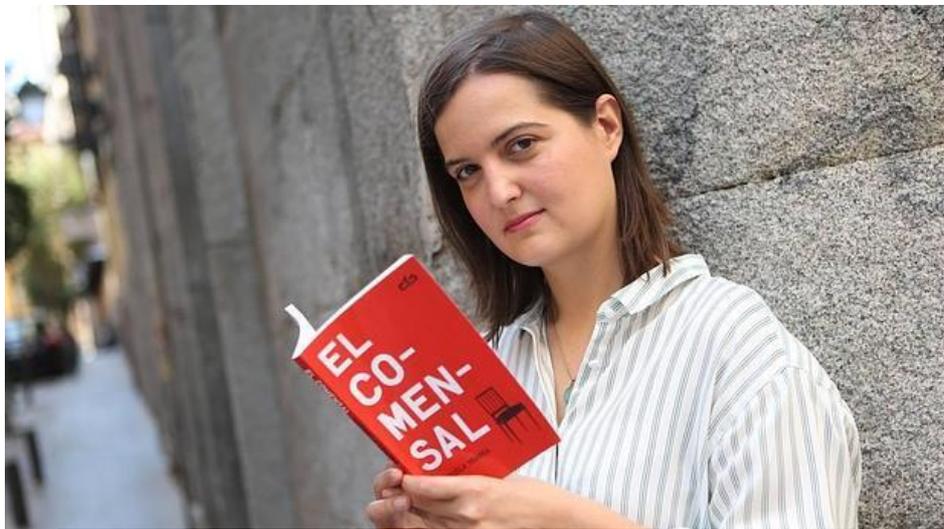
***Diablotexto Digital* 13 (junio 2023), 234-248**
DOI: 10.7203/diablotexto.13.27072
ISSN: 2530-2337



“Escribir es como una forma de estar, de procesar la realidad y de relacionarte con el mundo y con tus experiencias”.

(Gabriela Ybarra, 2022)

Gabriela Ybarra. Nacida en Vizcaya en 1983, cursó los estudios de Administración y Dirección de Empresas por la Universidad Pontificia de Comillas y más adelante realizó un máster en marketing por la Universidad de Nueva York. En 2015 publicó su primera novela *El comensal*, obra que ganó el Premio Euskadi de Literatura 2016 y que fue finalista del Man Booker International 2018. Además, la historia ha sido traducida al inglés y al italiano y ha sido adaptada al cine bajo la dirección de Ángeles González-Sinde. Actualmente reside en Madrid, donde trabaja analizando redes sociales y elaborando estudios de mercado, al tiempo que escribe artículos para diversos medios y trabaja en su segunda novela.



Fotografía cedida por la autora



Estudiaste Empresariales por la Universidad Pontificia de Comillas y después hiciste un máster en *Marketing* en la Universidad de Nueva York. ¿Cómo llegas al mundo de la escritura? ¿De dónde surge la idea de escribir?

Pues a mí me gustaba muchísimo escribir desde pequeña, era como parte de mis juegos. Por ejemplo, me gustaba mucho inventarme cuentos y que luego vinieran mis amigas a casa y representarlos como si fueran obras de teatro. Escribir estaba muy asociado a lo lúdico. Después fui escribiendo hasta que empecé a estudiar la carrera. A mí me hubiera encantado estudiar Filosofía o Filología Hispánica, pero la verdad es que tuve muchas presiones familiares para no hacerlo. Sinceramente, creo que fue un error no haber estudiado Filosofía o Filología porque me hubiera servido muchísimo más y hubiera disfrutado mucho más la carrera. Sí que es cierto que estuve de Erasmus en Birmingham y allí, en la Facultad de Hispánicas, me matriculé en las asignaturas de libre elección, en las que pude leer literatura de la Posguerra Civil española y alguna ficción mexicana. Mi interés ha estado siempre ahí.

Además, he tenido la suerte de crecer en una casa llena de libros. Mi padre es periodista y siempre nos ha inculcado mucho el amor hacia los libros. Por ejemplo, nos leía poemas antes de dormir a mis hermanas y a mí. Así que sí, en mi infancia he estado siempre pegada a un libro. Luego ya en la carrera sí que es cierto que leía algo menos. Me dispersé un poco. Nunca dejé de leer, pero menos. Fue después, durante la enfermedad de mi madre, que tuve muchísimo tiempo en las salas de espera, y entonces volví a leer otra vez compulsivamente, incluso un libro a la semana o más, que era lo que hacía antes de ser estudiante universitaria.

Nos has contado que, en parte, la elección de tu carrera se vio condicionada por una cierta presión familiar. No obstante, ¿crees que ha influido la formación en Económicas en tu escritura?



Mi padre era muy exigente y lo que me venía a decir era que yo valía más para otra cosa. Tuve la desgracia de sacar muy buenas notas en el colegio y ellos se generaron muchas expectativas conmigo sobre lo que yo podía llegar a hacer. Para ellos, el éxito era ser directiva de una empresa, pero a mí eso no era lo que me interesaba. Además, y aunque nunca lo hemos vivido como una competencia entre nosotras, cuando yo empecé la carrera, mi hermana pequeña empezó a publicar libros de poesía. Desde muy jovencita publicó cuatro libros y luego ya, años después, publicó un quinto poemario. Por eso, sentí que la escritora de la familia era ella. Y bueno, justo en el *impasse* en el que ella dejó de escribir, empecé yo.

¿ADE me ha servido? Pues me ha servido para ver que yo allí no estaba bien. Ese no era mi espacio en absoluto y cuando descubrí que tenía cierto talento para el *marketing*, que me abría una posibilidad más creativa, sí que pude ganarme la vida y disfrutar algo. Ahora bien, realmente cuando más siento que soy yo es cuando escribo. Un cliché que te dicen todos los escritores es que cuando escribes mal, sufres porque es muy difícil, y cuando no escribes, estás peor porque lo necesitas. A mí me pasa eso. Los clichés suelen tener una base de realidad y, en mi caso, se cumple.

¿Por tanto, entiendo que para ti la literatura es una forma de sanación, o de mirar y de vivir la vida?

Bueno, no es de sanación, no. No sé hasta qué punto es sanadora la escritura. Yo creo que es como una forma de estar en el mundo. Cuando escribes, miras el mundo de una manera diferente y te fijas en distintas frecuencias. Es como una forma de estar, de procesar la realidad y de relacionarte con el mundo y con tus experiencias. Es como un recurso que tienes para jugar con tu vida, de alguna manera. Lo que vives y las experiencias que tienes las puedes transformar en otra cosa, aunque no escribas algo autobiográfico, aunque se lo pongas a otro personaje y aunque te inventes una historia distinta, pero siempre el punto de partida suele ser algo que has visto, que has vivido o que has experimentado.



En cuanto al proceso de escritura, existe la metáfora de “la página en blanco”, que viene a expresar lo terrorífico que es ponerse a escribir desde cero. ¿Tú tienes algún esquema ya prefijado? ¿O como decía Pío Baroja, vas improvisando sobre la marcha?

Yo ya no sé tener un esquema prefijado y eso que lo intento a veces. Digo: “Me voy a ordenar, me voy a pensar”, porque me resulta más abarcable y más fácil eso de tener capítulos que vas rellenando. Pero no. De hecho, en *El comensal* desde luego que no. Empecé escribiendo sobre mi madre y no tenía ni idea de que iba a aparecer por ahí el terrorismo de ETA o mi abuelo. Es como un camino que emprendes, en mi caso de autodescubrimiento, y parte de la gracia está ahí, en el no saber dónde vas a terminar.

¿Y has podido hacer alguna especie de taller o curso de formación para escribir? ¿Y nos recomiendas que asistamos a algo así, como escritoras noveles, para perfeccionar la técnica? ¿O crees que no es necesario?

Yo sí lo recomiendo. Sé que hay autores que no lo recomiendan, pero no entiendo muy bien por qué. Es cierto que apuntarte a un taller de escritura no te va a convertir en Dostoievski, pero yo creo que sí que te va a ayudar a mejorar y a pulir cosas. Nadie se apunta a clases de violín esperando ser el primer violín en una orquesta, sino que, o tienes el talento para llegar hasta allí, o no lo tienes, pero desde luego que puedes aprender a tocar el violín, como también puedes aprender a escribir. Además, ello te va a servir en todas las facetas de tu vida porque nos comunicamos un montón a través de la escritura.

Yo me apunté a un taller de escritura después de que muriera mi madre. Hice un taller en Hotel Kafka con Eloy Tizón, que es un autor de relatos estupendo, y me ayudó un montón a desbloquearme. Me dio un montón de referencias, yo que venía del mundo empresarial. Además, también fue muy útil encontrarme con otras personas que, como yo, tuvieran interés en escribir o que leyeran. Y luego, hay una serie de errores de principiante que cometemos todos



y que, si te lo señalan, tardas menos en superarlos. Más adelante tuve un taller más largo con la que acabó siendo mi editora: Elvira Navarro. Mientras mi madre estaba enferma, estuve en Madrid con una excedencia de la universidad. Cuando falleció, me tuve que volver a Nueva York y allí ninguno de mis amigos leía nada. El ritmo de Nueva York es muy bestia, está todo el mundo haciendo cosas a todas horas, de fiesta y con muchas distracciones. Por eso, necesitaba un interlocutor, alguien con quien poder hablar de lo que estaba escribiendo, que me propusiera lecturas o que me diera su opinión sobre sobre mis textos. Así que sí, desde luego que fue superútil. Yo lo recomiendo muchísimo. A mí me ha ayudado un montón a crecer y me ha ahorrado mucho tiempo de estar perdida.

Y ahora internándonos ya en tu obra, en *El comensal*: el tema de ETA es una realidad que nos ha sacudido hasta hace bien poco y constituye una problemática sobre la que es muy difícil hablar. ¿Qué te lleva a escribir sobre ello y sobre el asesinato de tu abuelo? Y tras su publicación, ¿tenías alguna inquietud o miedo ante la reacción que podía ocasionar?

Acabé en ese tema sin proponérmelo. En un primer momento, no pensaba en escribir sobre ETA. Yo quería escribir sobre sobre lo que había supuesto para mí la muerte de mi madre y el duelo, pero mientras estaba escribiendo sobre el amor de mi madre, a veces me atascaba. No sabía cómo seguir. Había cosas sobre mi familia que no terminaba de entender. Por ejemplo: mi padre empezó a hablar sobre sobre mi abuelo y a decir cosas que me resultaban rarísimas como “Yo vi el rosario manchado de sangre” o “Yo ya he pasado por esto”. Incluso gente cercana a la familia me decía: “Bueno, tu padre ya tiene mucha experiencia con la muerte”. Yo pensaba: “¿Qué experiencia tiene mi padre con la muerte?”. Y entonces me di cuenta de que había ciertas cosas sobre mi familia que no podía comprender si no le encontraba un lugar al asesinato de mi abuelo. Yo sabía que había pasado, pero no lo había integrado como algo importante en mi historia. Había ocurrido antes de que yo naciera y tampoco veía cómo afectaba a mi vida, pero sí que afectaba, afectaba mucho, aunque no era capaz de verlo. Entonces empecé todo ese proceso de descubrimiento de ese dolor enquistado



en la familia, de ese duelo congelado. Durante el duelo mi madre me encuentro con otro duelo sin resolver, y entonces en mi proceso de duelo tengo que hacer un poco de duelo por los dos: por mi madre y por mi abuelo.

Cuando estaba escribiendo mi libro, ETA no estaba en su mejor momento, pero no había cesado en su actividad. El cese llegó de la noche a la mañana. Por eso, sí que me daba cierta cosa, pero no lo pensaba tanto porque no sabía ni si se iba a publicar. Lo escribía porque tenía la necesidad de contar esa historia, pero nunca había publicado, por lo que no sabía muy bien qué significaba publicar ni qué repercusión podía tener.

Las cosas fueron pasando poco a poco. Además, no tuve ni que buscar editorial porque, como te comenté, hice un taller con Elvira Navarro. Cuando a ella la nombran editora de *Caballo de Troya*, se acuerda de mí, me contacta y me dice: “Oye, ¿cómo vas con ese texto que estabas escribiendo? Porque me gustaba mucho y me encantaría publicarlo”. Para entonces yo no lo había terminado, por lo que me dio una serie de meses y, como no me quedaba mucho, lo acabé y se lo mandé. Así que ni siquiera pensé cómo fueron ocurriendo las cosas. Me dejé llevar. Luego sí que me morí de miedo cuando me empezaron a contactar los medios de comunicación, ya que el libro suscitó interés muy rápido, porque tampoco se había escrito mucho desde ese punto de vista tan cercano a las víctimas y quizás tampoco se había hecho en un momento en el que hubiera un lugar para ello, en el que la gente estuviera preparada. Se había escrito sobre todo en euskera, en los años más duros de del terrorismo, pero yo creo que la gente no estaba todavía preparada para esas historias.

Yo, que no había hecho una entrevista en mi vida, casi me muero cuando empiezan a hacerme unas preguntas complicadísimas, políticas, en las que tampoco había pensado porque no había teorizado sobre ello. Por eso me sorprendían mucho todas esas opiniones que se suponía que yo debía tener. Me desconcertaron muchísimo. Fue una experiencia muy muy curiosa la de hablar del libro al principio. Me temblaban las piernas y, si tenía una entrevista, no podía pensar en otra cosa hasta que la pasaba. Ahora ya por supuesto no me pasa. Me puedes preguntar cualquier cosa que no me voy a poner nerviosa porque



creo que ya he contestado todas las preguntas posibles y que ya he salido de todos los escollos posibles, así que ya tengo mucha seguridad.

Tranquila que yo preguntas políticas tampoco te voy a hacer.

Pero ya sé cómo salir de ahí. Fue todo un aprendizaje. Por ejemplo, una cosa que puedes hacer es decir que no lo sabes. Había muchas cosas que yo realmente no sabía, sobre las que no tenía una opinión porque no me las había planteado o sobre las que no estaba segura. Y había otras cosas sobre las que tampoco aportaba nada mi opinión. De lo que me he dado cuenta es de que, si contribuyo a algo en toda esta historia, en esa superación del trauma por el terrorismo o como lo quieras llamar, es siempre desde mi escritura y desde mi transformación de la realidad, de lo que he vivido. No creo que yo sea la persona adecuada para teorizar políticamente, ni me interesa ni quiero. Creo que se me va a ir la fuerza creativa si me pongo en ese lugar.

En el mismo prólogo de *El comensal* nos avisas a los lectores vas a trazar con nosotros un pacto ambiguo. Nos dices: “Esto que vais a leer tiene una parte de realidad y otra de ficción”. ¿Cómo surge esta decisión de escribir desde la autoficción y la docuficción? ¿Es natural?

No está en absoluto meditado porque ni siquiera yo sabía lo que iba a escribir. Empecé a partir de esa necesidad de contar el duelo por la muerte de mi madre, pero muchas veces me sentía constreñida por la realidad. Veía que, si solo contaba los hechos tal y como fueron, no podía contar la historia completa ni como yo la quería contar. Había veces en que la realidad era muy aburrida y tenía que editarla o cambiar cosas. También había partes que no conocía y que me tenía que inventar porque eran necesarias para que la historia funcionara. Fui siguiendo un poco las necesidades que me marcaba el texto. Muchas personas me preguntan por la voz narradora de la primera parte y la de la segunda. Les resulta muy curiosa la primera porque es como una primera persona que es un poco omnisciente. Sinceramente, no tengo ni idea. Yo pruebo



cosas y aquello que me funciona es aquello con lo que me quedo. Desecho mucho y escribo mucho.

Entiendo entonces que escribes *El comensal* en los últimos momentos la enfermedad de tu madre y lo terminas después. ¿O es tras la muerte de tu madre cuando empiezas a escribirlo?

Después, sí, pero muy poco después. A muy pocos meses, sí. Mi madre muere en septiembre, y ese mismo septiembre escribí un texto que ya estaba relacionado con el libro. Lo que yo no sabía era que luego iba a escribir un libro entero sobre ello, pero en aquel taller de Eloy Tizón al que me apunté ya el primer texto que escribí enmarcaba un poco esta historia. Y luego quizá empecé en enero a lo que es el libro propiamente dicho, pero sin saber nunca muy bien lo que estaba haciendo. De repente, empiezas a darte cuenta de que se juntan páginas y páginas, y de que es un tema que quieres seguir indagando y explorando, y ahí aparece la posibilidad de construir un libro.

Durante todo este proceso de escritura, ¿cuáles han sido tus principales apoyos?

Elvira desde luego fue un apoyo muy importante. Sobre todo ella y mis amigas, que me animaban y que me leían, como mi compañera de piso de Nueva York. Más adelante tuve una pareja que también me apoyó. Pero sobre todo diría que Elvira. Y, de todos modos, es un trabajo bastante solitario. O sea, no sé yo hasta qué punto los apoyos son tan vitales como quizás en otro tipo de emprendimientos. Por ejemplo, ahora estoy preparando una oposición y siento que es más importante tener un apoyo en una oposición que en la escritura de un libro, porque tienes unos plazos, hay más estrés... En cambio, en el tema del libro eres un poco tú contra la página en blanco. Eso sí que es una lucha de uno a uno. Te pueden leer y te pueden comentar, pero al final eres tú.



¿Y cuál ha sido la parte más difícil en ese proceso de escritura?

Hay bloqueos que son difíciles de superar. En *El comensal* tuve un par que me costó mucho superar. Uno de ellos fue, por ejemplo, cómo construir el personaje de mi madre. Mi madre y yo nos llevábamos fenomenal. Ella era una persona que tuvo una vida bastante tranquila, no había nada reseñable que la hiciera un personaje de novelas superatractivo, por lo que me costó muchísimo construir su personaje desde un punto de vista que fuera interesante. Ante ello, muchas veces las claves las encuentras en otros libros. En este caso yo encontré la clave para construir el personaje de mi madre en un poema de Elizabeth Bishop que se llama “El arte de perder” y que dice algo así como “El arte de perder no es difícil: tantas cosas nacen con la intención de ser perdidas, que su pérdida no es ningún desastre”. Esto es una traducción que te estoy haciendo así un poco sobre la marcha, pero ahí vi que mi madre era una persona muy desprendida y que, de alguna manera, había estado preparándose para su muerte desde hacía muchos años. Resultó tan natural que se fuera, que fue desde ese desprendimiento desde donde quise construir el personaje. Es cierto que muchas veces cuesta un montón dar con la clave, pero una vez que ya lo resuelves, se abre un camino. Al principio pensaba que me sucedía porque era una escritora novata que no sabía escribir y que por eso me atascaba, pero no, porque realmente hay veces que necesitas encontrar una clave para poder seguir. Eso es lo más difícil, pero los bloqueos también son necesarios. Se suele crecer con ellos. Si te pierdes por el camino, si vuelves a engancharte, normalmente lo que surge después es mejor.

Por tanto, la forma de superarlo supongo que es seguir escribiendo y seguir escribiendo.

A mí me ayuda mucho pasear o grabarme notas de voz. A veces también me resulta útil hacer ejercicios de escritura automática. Cuando no puedo más, me pongo 10 minutos en el cronómetro del móvil y escribo a lo loco. La mayoría de las veces lo que sale es un error, pero a veces encuentras alguna idea que está bien. Y bueno, leer también me ayuda muchísimo a superar los bloqueos,



aunque el libro no necesariamente esté tan relacionado. O buscar libros con estructuras que te puedan servir o que traten temas similares al tuyo.

Y hablando de lecturas: ¿cuáles dirías que son tus referentes literarios, los libros a los que más acudes? Puede ser alguno específico al que recurrieras durante la escritura de *El comensal* o más general.

Con *El comensal* sí que tuve algunos libros que fueron muy importantes porque me ayudaron a resolver esos bloqueos. Un libro que es maravilloso y que te recomiendo muchísimo se llama *Nox*, de Anne Carson. Es un poemario sobre un hermano que tenía que murió y al que casi no conoció. Personalmente, muchas veces no sabía si estaba legitimada para contar la historia de mi abuelo porque todavía había mucha gente viva que lo conocía y yo no lo había conocido. Por eso, a veces me sentía un poco culpable, pero leyendo ese libro de Anne Carson me di cuenta de que se podía escribir una historia muy bonita sobre alguien a quien no conoces. Además, tiene libros que son como una especie de diario de duelo. Son como un facsímil, casi de un cuaderno que ella tenía, como con recortes y muy bonito.

Por otro lado, el libro *El año del pensamiento mágico*, de Joan Didion, también me ayudó y lo tuve ahí presente. La primera vez que lo leí no me terminó de gustar porque yo creo que estaba demasiado reciente la muerte de mi madre y pensé “Hace unas cosas muy raras”, pero cuando pasó un año y empecé a tener la necesidad de volver a los hospitales, a los lugares donde mi madre había recibido su tratamiento, me di cuenta de que estaba haciendo algunas de las cosas que Joan Didion contaba en su libro. Por ejemplo, ella hablaba de que había guardado los zapatos de su marido fallecido por si regresaba y yo pensé: “Estoy volviendo al hospital donde se trató mi madre por si me la encuentro”. O sea, no es algo que hagas conscientemente, pero luego me di cuenta. En definitiva, es un libro que me gustó mucho y que me sirvió de inspiración, sobre todo en el tono.



Antes nos has contado que la literatura es para ti una forma de mirar, así que supongo que también te ayudaría a la hora de hacer el duelo con respecto a la muerte de tu madre, ¿o no?

Sí. Te ayuda en el sentido de que te sirve para poner en orden lo que has vivido y para darle un sentido. Con mi madre yo creo que sí que me ayudó y además fue bonito porque, de alguna manera, alargaba el tiempo con ella, y eso fue una despedida como especial, nuestra e íntima, aunque luego se ha hecho pública. Me gustó escribir sobre ella todas esas horas. En cambio, en el caso de mi abuelo yo no creo que haya sido tan sanador. Quizás escribirlo sí, pero la exposición pública yo creo que no es nada sanadora, que estén todo el rato preguntándote e intentando usar esa historia para lanzar otros mensajes. Es muy chocante que eso, de repente, se convierta en algo que vertebra mi identidad pública. Para mí es superdesconcertante.

Precisamente esa era otra cuestión que quería preguntarte: ¿en qué medida *El comensal* ha condicionado tu figura pública? ¿Y tus futuros libros? Porque, quizás, tras esta obra, hay determinados medios o lectores que están expectantes de leer otro libro sobre ETA. Y en relación con esto, ¿estás preparando una nueva creación?

Es chocante y de verdad que no fue fácil navegar toda esa exposición (bueno, igual para otras personas no es tanta exposición). O sea, la gente no me para. Yo no soy Justin Bieber ni Rosalía, pero, para mí, que era algo que se había llevado siempre en secreto, el secreto a ese nivel de exposición, que yo viví como moderado, es un salto muy grande. Y sobre todo es impactante el hecho de que nadie te conozca a que todo el mundo te conozca por ello y casi solo por ello. Eso es raro.

¿Y condiciona la forma de escribir? Sí que me la condicionaba al principio. Yo no quise saber nada sobre el tema de ETA. No leí ni un libro. Tardé mucho en leerme *Patria* y todos los libros que salieron. Me puse a leer literatura japonesa. O sea, quería ir a las antípodas. Acabé bastante harta. Sin embargo,



ahora fijate —y desde luego no es oportunismo porque me estoy tomando mi tiempo para escribir mi segunda novela—, pero he necesitado volver al tema del terrorismo —y no solo, porque hay otras cosas que aparecen ahí—, porque sí que siento que hay algunas cosas que están sin tratar y sin resolver que quiero explorar. Así que, en contra de mi voluntad, porque yo juré que no volvería a abrir ese tema del que estaba ya hasta las narices, he vuelto. Elvira siempre me dice que no escribimos los libros que queremos, sino los que podemos, y este caso es un claro ejemplo.

Tengo ya ganas de acabar con este tema, si te soy sincera. Mi objetivo con lo que estoy escribiendo ahora es un poco destruir esta historia porque, de alguna manera, siento que *El comensal* me ha congelado un poco en ese trauma de mi abuelo. He leído muchos libros sobre el trauma y hay uno que me gusta mucho que se llama *El cuerpo lleva la cuenta*. En él se cuenta que las personas que mejor superan el trauma son las que no recuerdan los hechos tal y como fueron, es decir, aquellos que más los distorsionan, aquellos cuya memoria más los va cambiando. Por eso, ahora tengo mucha necesidad de coger esta historia y de distorsionarla muchísimo, de hacer algo que no tenga nada que ver y, de esa forma, liberarme un poco de ella.

O sea, que será una novela de ficción, no autoficción.

Exacto. En este libro tengo más claras las estructuras de lo que quiero contar. Sí, creo que soy más consciente de hacia dónde va la historia que en el que en el primero. Sí, sí que lo creo.

¿Y cuando le diste a la editorial el libro sabías que va a tener tanta repercusión?

Que va. ¿Sabes cuántos ejemplares tenía la primera edición? Ni 200. La primera tirada fue de 400. Era una cosa minúscula, mínima. No me lo podía imaginar. De hecho, cuando lo entregué una parte de mí no quería hacerlo. Era como: “Dios mío, y ahora esto va a salir al mundo. Y lo va a leer mi familia, ¡qué horror!”. Me



moría de la vergüenza. Pero bueno, luego la gente lo leyó y le gustó. Bueno, hay gente a la que le gusta y gente a la que no, como todo en la vida; pero a mucha gente le gustó, así que el libro fue creciendo y creciendo y llegó hasta muy lejos.

Y finalmente, ¿nos podrías recomendar o darnos algún consejo o alguna pequeña indicación sobre cómo escribir?

Escribir. Ponerte a ello. Y si ves que te atascas y que no avanzas en una buena solución, puedes leer con un lápiz en la mano e ir cogiendo del libro que estés leyendo cosas que te puedan servir: una descripción que te guste, cómo se resuelve una trama... Yo siempre que me atasco me pongo a leer, y siempre escribo después algo. Bueno, siempre y cuando sea un buen libro de un buen autor o autora contrastados, que sepas que te va a gustar. Siempre está bien tener en la mesilla de noche unos libros de calidad que sabes que te van a dar ideas. Es imposible leer un libro de Virginia Woolf, por ejemplo, y no sacar nada de ahí. Hay autores que siempre te van a sumar. Cada uno tiene que encontrar cuáles son los suyos.

¿Y cuáles son los tuyos? Ya nos has comentado varios en relación con *El comensal*, pero ¿cuáles nos recomendarías en general? ¿Cuáles son los libros que más te han marcado?

¡Qué difícil es esa pregunta! Para el libro que estoy escribiendo ahora me están sirviendo mucho dos libros. Uno es *Las vírgenes suicidas*, de Jeffrey Eugenides, que me parece que es un libro espectacular. Me gusta muchísimo el punto de vista del narrador, un coro de vecinos que cuenta la historia de las niñas que viven encerradas en la casa. Y luego, otro libro que me está sirviendo un montón es la antología de *Spoon River*, de Edgar Lee Masters, que es de poesía pero que se lee casi como una novela. Es la historia de un pueblo contada a través de los muertos del cementerio, que hablan. Cada uno tiene como un poema de entre una y tres caras en el que cuentan su vida, con una capacidad de



emocionar muy muy grande. Y bueno, hay autores que siempre me dan ideas. Por ejemplo, Perec siempre me da alguna idea; me gusta revisitarlo. Y luego, autoras también. De hecho, casi siempre leo más mujeres, pero justo no sé porque ahora no me viene ninguna a la cabeza. Natalia Ginzburg, por ejemplo, me gusta un montón también. ¡Si es que me van a comer los libros! Siempre te hacen compañía. Últimamente me está gustando mucho leer poesía porque creo que tiene una capacidad de hacer compañía que no tiene la novela. Parece que la novela la lees una vez y que solo algunas las vuelves a releer. En cambio, los poemas los lees y los vuelves a leer, y cuanto más los conoces, más te acompañan.